

AMBIENTE Y CALIDAD DE VIDA: UNA RESPUESTA A LOS PROBLEMAS DE LAS METRÓPOLIS LATINOAMERICANISTAS

Geog. María Teresa Delgado de Bravo.¹

La calidad de vida urbana puede definirse como el grado de bienestar individual y en grupo, determinado por la satisfacción de necesidades fundamentales de la población urbana, con los recursos disponibles en el ambiente natural, transformado y social de la ciudad.

Esto significa que la calidad de vida de la población está condicionada por la calidad del ambiente, tanto físico natural como socioeconómico en que se encuentra el grupo humano y que, “La calidad de vida de un individuo o sociedad, está dada por la cantidad y calidad de los medios a los que puede acceder para satisfacer sus necesidades, el modo como los obtienen y el rol que les atribuye(Gross et al, 1988:34).

La calificación de un grupo humano, tanto desde el punto de vista del ambiente natural como social, se realiza de acuerdo a la conceptualización que se tenga de la relación espacio-sociedad y sociedad- medio ambiente, es decir, la valoración de las condiciones sociales y ecológicas de un espacio determinado para llegar a constituirse en un asentamiento humano, individual y socialmente deseable (Barbosa , 1982).

En primer lugar, la población requiere contar con un ambiente físico natural sano, agradable y sin riesgos, donde las actividades económicas y la función residencial se desenvuelvan acordes con la naturaleza y no contra ella, donde el patrimonio natural se conserve y proteja por las generaciones actuales y futuras, en fin, donde el medio natural como soporte del espacio urbano, se aproveche racionalmente como base de sustentación ecológica. (Delgado de Bravo, 1996).

Y, qué tenemos en nuestra metrópolis latinoamericanas, desde este punto de vista? Problemas con distintos grados de intensidad, espacialmente diferenciados a nivel intraurbano asociados a: la contaminación, causada por diferentes agentes y producto de ciertas actividades económicas y residenciales, destacándose como más relevantes la contaminación atmosférica, la contaminación de las aguas y los problemas de salubridad, ligados a la recolección y disposición de desechos sólidos.

La construcción en áreas inestables, anegadizas o inundables evidencian riesgos naturales de verse afectados por desastres o daños que conllevan intranquilidad, malestar e inseguridad a las personas.

Observamos así, la construcción de viviendas en áreas inestables, producto de la marginación de los grupos más desposeídos que no encuentran otra opción para satisfacer sus necesidades residenciales, áreas de ranchos que albergan la pobreza que abarca a importantes sectores de la población que vive en las ciudades, marginados también del mercado de trabajo, del acceso a los servicios sociales básicos de educación

¹Profesor Titular .Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales, Instituto de Geografía (IGCRN), Vía los Chorros de Milla, Mérida, Venezuela. Tlf. (074) 401603

y salud, grupos sociales para los cuales la ciudad no ofrece ninguna posibilidad de satisfacer sus necesidades fundamentales. Pero, también en muchos casos se observan agresiones al medio físico natural, por parte de grupos económicos, avalados por el Estado que, en su comercialización del espacio urbano, no miden las consecuencias del deterioro ambiental sobre la calidad de vida de la población. (Delgado de Bravo, 1996)

Por último, mencionaremos otros problemas del ambiente físico natural que, aún cuando son menos dramáticos, no por ello son menos importantes; nos referimos a la valoración de las condiciones perceptuales del espacio: La falta de armonía de lo construido con el entorno físico, de los elementos culturales con la naturaleza; el desmejoramiento de los valores estéticos y escénicos del paisaje, en fin todo aquello que va en deterioro de un ambiente agradable.

Por otra parte, si nos detenemos a considerar el ambiente socioeconómico, encontramos un conjunto de necesidades que la población debería satisfacer para contar con una calidad de vida aceptable. La necesidad de acceder a un trabajo digno con remuneración adecuada para cubrir otras necesidades y para ayudar a construir una mejor sociedad; la necesidad de recreación y descanso; la disponibilidad de una vivienda en buenas condiciones de habitabilidad con los servicios básicos conexos de energía eléctrica, agua potable, cloacas, aseo urbano; la necesidad de acceder a los servicios sociales; las necesidades culturales de reforzamiento de valores autóctonos, costumbres, símbolos y expresiones del arte y la necesidad personal y de los bienes, puedan señalarse como las necesidades más apremiantes de la población urbana, cuya posibilidad de satisfacción permitiría calificar el ambiente socioeconómico como proclive para una calidad de vida aceptable.

De nuevo podemos preguntarnos: ¿Qué encontramos en nuestras metrópolis latinoamericanas? Problemas con distintos grados de intensidad, espacial y socialmente diferenciados a nivel intraurbano en lo que respecta al ámbito socioeconómico.

La pobreza, ya identificada como el problema más grave de la vida urbana, tiende a incrementarse por el aumento del desempleo y la disminución del salario real; el colapso de los servicios públicos, originado por la falta de concordancia entre la previsión de los mismos y el crecimiento poblacional; el desigual acceso a los servicios sociales, particularmente el colapso de los servicios de salud y los problemas de calidad y pertinencia de la educación; la proliferación de viviendas inadecuadas o la imposibilidad de acceso a las mismas, incluso por parte de la llamada clase media; la agresión cultural y la inseguridad personal; todos signos evidentes de una crisis urbana que ha convertido las ciudades en espacios para sobrevivir y no para la vida y en consecuencia, se ha producido un proceso de deterioro en la calidad de vida urbana con niveles de gran disparidad intraurbana. (Delgado de Bravo, 1996).

En el ámbito socioeconómico, si bien es cierto que en las grandes ciudades existen mayores inversiones públicas en servicios sociales y equipamiento, no menos cierto es que el crecimiento acelerado de la población, la ocupación anárquica de los espacios urbanos, el funcionamiento social inadecuado y los estilos de desarrollo adoptados,

han generado en nuestras metrópolis la mayor concentración de problemas socioeconómicos.

Estos problemas vinculados a la calidad de vida pueden presentar una gama de mayor o menor gravedad en las distintas ciudades y a nivel intraurbano como resultado de mecanismos de diferenciación social, pero lo cierto es que, en las grandes ciudades se evidencia con mayor intensidad la pérdida de identidad y valoración del entorno, como base de sustentación de su actividad vital, la falta de solidaridad y la carencia de proyectos históricos sobre la ciudad que se quiere y sobre los propósitos colectivos en relación con la calidad socioambiental.

Si retomamos el concepto de calidad de vida con el cual iniciamos esta ponencia y lo operacionalizamos en términos de las necesidades que deberían ser satisfechas con los medios y recursos disponibles o generados en el ambiente físico natural y socioeconómico de nuestra metrópolis, considerando la calidad de vida como objetivo superior en los procesos de planificación de las mismas, pudiera facilitarse el aporte de soluciones a su compleja situación.

Todo proceso de planificación y gestión que se plantee como objetivo elevar la calidad de vida urbana, debe dar respuesta a las necesidades sociales y económicas de la población en educación y salud, trabajo, vivienda y servicios, cultura, recreación y seguridad personal, y por supuesto, la calidad físico ambiental, cuyas características relevantes, problemas y potencialidades configuran el desideratum de los análisis que van a permitir sentar la base de las propuestas del desarrollo integral.

Vale la pena señalar algunas precisiones respecto a la utilización del concepto de calidad de vida y el proceso de planificación.

En primer lugar, los componentes de necesidad señalados en la operacionalización del concepto de calidad de vida, son interactuantes e interrelacionados entre sí. Esto es importante, por cuanto las políticas, estrategias y propuestas que se adopten no pueden ser parciales, ni descuidar la acción hacia alguno de los componentes de necesidad, para poder obtener algún resultado positivo.

En segundo lugar, cada uno de los componentes de necesidad tiene diferentes satisfactores, considerados éstos como los elementos cuyo uso y consumo remedian esas necesidades. Esos satisfactores (o disatisfactores) no están igualmente distribuidos ni entre los grupos sociales ni a nivel espacial, originándose así diferentes grados de calidad de vida dentro de la ciudad considerada.

Esto significa que se utilizan indicadores (cuantitativos y cualitativos) de esos satisfactores, para generar un conocimiento de la realidad espacialmente diferenciada a nivel intraurbano, conocimiento que servirá de base para las propuestas y acciones, dirigidas a mejorar la calidad de vida de la población. La dimensión perceptiva debe introducirse como complementaria de los otros componentes de necesidad, para evaluar el nivel de arraigo, el nivel de satisfacción y la preferencia espacial de los habitantes (Olave, 1995).

Por otra parte, el criterio de la necesidad para generar compromiso, se entiende no sólo desde el punto de vista de la población y de los agentes sociales que van a ser afectados por la planificación urbana, los cuales se comprometen con las propuestas y acciones en la medida en que éstos se dirigen a la satisfacción de sus necesidades básicas, sino también la necesidad como respuesta de los agentes decisores de contar con un instrumento que provea el conocimiento necesario para establecer propuestas pertinentes que faciliten la toma de decisiones.

La participación ciudadana además de ser una necesidad de la población, es un medio efectivo de intervención de la sociedad civil en la solución de problemas y en los procesos de cambio. Entendida como, el diálogo activo y la búsqueda de consenso entre los diferentes actores sociales, gubernamentales y no gubernamentales, conduce a la generación de compromiso y voluntad política y constituye la base de la viabilidad sociopolítica de cualquier proceso de planificación. Si el conocimiento es para la acción y gestión, no puede ser técnico-burocrático sino técnico-consensual-participativo, como hilo conductor del compromiso de los diversos actores, que toman las decisiones o se ven involucrados en ellas.

Cualquiera sea el enfoque de planificación que se adopte, lo más importante es la noción de propósito, entendida como la necesaria coherencia y respuesta del proceso de planificación, con el objetivo superior de mejorar la calidad de vida de la población; ello supone una postura comprometida en términos de líneas de deseo, articulada a un proyecto histórico o a una imagen objetivo de la calidad de vida deseable e implica, la direccionalidad que se le quiere imprimir a la sociedad y a su base de sustentación ecológica (Delgado de Bravo M. y E. Méndez, 1996).

En el contexto de las precisiones señaladas, el proceso de planificación se genera en un conocimiento que provea resultados pertinentes, para el diseño de acciones de intervención y toma de decisiones.

El comportamiento espacial de los satisfactores (o disatisfactores) permite configurar una imagen real de la calidad de vida urbana, que va a ser contrastada con una imagen objetiva, a lograr por el proceso de planificación, para evaluar el balance y desbalance entre lo existente y lo deseable.

La respuesta en términos de acciones de intervención, se relaciona con la generación y disponibilidad de satisfactores de esas necesidades o con la disminución de disatisfactores, según sea el caso; acciones correctivas, dirigidas a superar los problemas detectados en los diferentes componentes de necesidad; acciones de promoción, para potenciar recursos que estimulen la localización adecuada de actividades y personas; acciones dirigidas a corregir el deterioro ambiental y la valoración del entorno, como base de sustentación de la actividad vital.

Acciones de variada naturaleza, pero enmarcadas en la direccionalidad de mejorar la calidad de vida de la población de nuestras necesidades; en el contexto de la interrelación de los distintos componentes de necesidad; de la relación entre el ambiente físico y el socioeconómico; de la relación espacio-sociedad y sociedad medio-ambiente.

Acciones como las señaladas , pudieran conformar alternativas para generar soluciones que vayan más allá de la mera planificación física de ciudades, en tanto la voluntad política y la participación ciudadana hayan generado un compromiso sobre la ciudad que se quiere y sobre los propósitos colectivos en relación con la calidad socioambiental.

BIBLIOGRAFÍA

Barbosa, C. (1982) Problemas metodológicos y teóricos del concepto de calidad de vida.

En Revista EURE, VIII (24), Chile.

Delgado de Bravo, María T. (1996) Ciudad, calidad de vida urbana y gestión local. Ponencia central en el III Seminario Latinoamericano de Calidad de vida urbana. Mérida.

Delgado de Bravo, María y E. Méndez (1996) Planificación Territorial: medio ambiente y calidad de vida . Litorama, Mérida.

Groset al (1988) La metropolización en América Latina y el Caribe. Calidad de Vida y Pobreza Urbana. En Revista EURE, XIV (43), Chile.

Olave, D. y otros (1995) Metodología básica para detectar calidad de vida en ciudades

intermedias. Universidad del Bio-Bio, Chillán.

Rojas, Temístocles y A. Semeco (1996) Desarrollo sostenible en la calidad de vida. III Seminario Latinoamericano de Calidad de Vida Urbana, Mérida.

Rojas, A. (1996) Redistribución del poder y de los recursos como factores de calidad de vida urbana. III Seminario Latinoamericano de Calidad de Vida Urbana, Mérida .

Saint Marc, PH (1971) Socialización de la naturaleza. Editorial Stock, París.